

modo que llegó á constituir sociedades tan complejas y renombradas como las de India, China, Egipto, Siria, Persia, Grecia, Roma México, Perú y tantas otras antiguas y modernas que en mil historias se describen, hasta alcanzar la universalizada Sociedad de la época presente.

Ciertamente que es un estudio curioso y útil seguir paso á paso las evoluciones de la bestia humana hasta constituir esas sociedades en que parece desligada de la mera animalidad, y presentarse, cual privilegiado ser de la Naturaleza, en su orgullo estúpido; pero bosquejarlo solamente nos llevaría á traspasar los límites de nuestro trabajo, de puros lineamientos de un plan de elementos de sociología popular, para engolfarnos en un cúmulo de datos cuya exposición, ordenamiento, análisis y deducción abarcaría proporciones inmensurables. Esta obra debe dejarse al especialista debidamente preparado para ello, y no puede esperarse que la realice una multitud. Bástele á ésta el conocimiento sintético para que cada individuo procure la certidumbre por la comprobación analítica que pueden ofrecerle innumerables producciones de profundos pensadores.

Sin embargo, resumiendo las conclusiones de sociólogos eminentes, daremos una idea de la evolución social humana, diciendo: que los mamíferos humanos, más débiles ó más mal armados que gran número de sus competidores del reino animal, se reunieron instintivamente en pequeños grupos: errando por los bosques, desnudos, sin armas; devorando los comestibles; realizando los fines del amor á la manera de las bestias: constituyéronse en pequeñas hordas, sin moral, sin leyes, sin industria; cada grupo vivía en promiscuidad, sometido al más fuerte, como los chimpancés. Todas las razas humanas han pasado por este estado. El espíritu de solidaridad y auxilio mutuo, cada vez más desarrollado, hizo que unos grupos ayudasen á los otros en los peligros; la asociación mejoró un poco; constituyóse la familia

con caracteres más definidos; la industria progresó, y una vez el instinto social más desarrollado, la unidad étnica se agrandó; varias hordas se unieron; se instituyó la tribu; y por la guerra se establecieron las primas clases aristocráticas, se enalteció el sacerdocio, y la esclavitud fué el gran botín de las clases privilegiadas, creadas por la brutalidad de la fuerza y la astucia de los más expertos, llegando por su permanencia á juzgarse á los esclavos como seres predestinados á servir á sus semejantes; cual si no fuesen de igual condición que los otros hombres, necesitándose que el gran Epicuro revelase á la humanidad *que el esclavo era un hombre*. ¡A tal extremo alcanzó la aberración humana!...

Mas abandonando la investigación de lo que fué por el examen de lo que es, y ateniéndonos á la verdad científica, que es la revelación de la Naturaleza, imposible de ser conocida antes porque no se contaba con los medios de comprobación propios de la cultura moderna, se nos presenta planteado este problema: la sociedad humana, naturalmente constituida, ¿se ha organizado y desarrollado conforme á lo que podemos llamar leyes naturales? Esta es la gran cuestión, que, para esclarecerla y resolverla, necesario es que filosofemos un poco.

Es fácilmente concebible y demostrable que toda alteración de las condiciones naturales y cuanto opuesto á la Ciencia sea, esto es, la experiencia positiva, es contrario á la salud, á la paz, al goce del individuo, como asimismo del cuerpo social, puesto que se involucra el bienestar individual con el colectivo: de tal suerte, que no es posible la satisfacción particular con el malestar social, ni el goce común con la desdicha del individuo. Es un componente la sociedad de individualidades: si éstas están bien, el conjunto resulta bueno; si la masa social sufre, es porque sus miembros padecen. No existe otro dilema. De esto se sigue que la sociedad humana no puede hallarse en su centro natural, en la plena posesión de los grandes